

Sexto domingo del Tiempo Ordinario C2022

Las lecturas de este domingo hablan de la felicidad humana. Muestran que, aunque el ser humano quiera ser feliz, la verdadera felicidad sólo puede encontrarse en Dios. Nos invitan a fundar nuestra felicidad en Dios. La primera lectura describe la situación de quien confía en los seres humanos como edificando sobre un terreno frágil. Luego, describe la situación del que confía en Dios como un hombre verdaderamente feliz. Finalmente, el texto compara al que confía en Dios con un árbol plantado junto a un arroyo de agua que lo riega continuamente.

Lo que este texto nos enseña es que la búsqueda de la felicidad es una de las principales preocupaciones de los seres humanos. También existe la idea de que la felicidad verdadera se encuentra en Dios. La última idea está relacionada con la certeza de que la felicidad humana es frágil, mientras que la felicidad verdadera sólo está en Dios.

Este texto nos ayuda a comprender el punto del Evangelio de hoy en que Jesús habla de las bienaventuranzas. En primer lugar, el Evangelio dice que al descender Jesús con sus apóstoles, se dirigió a la multitud de sus discípulos y a la gente que venía de todas las regiones circundantes. Luego, se refiere a la enseñanza de Jesús como invocando dos caminos de vida abiertos a cada persona: el camino que lleva a la felicidad y el camino que lleva a la maldición.

¿Qué aprendemos de estas lecturas? Hoy quiero hablar del secreto de la felicidad verdadera. ¿Qué quiero decir con esto? Me explico a modo de ejemplo. En el estudio de la geografía, hay una lección sobre las líneas que dividen los continentes entre sí llamadas meridianos. Por ejemplo, el meridiano divide el este del oeste como el ecuador divide el norte del sur. Estas líneas son inmutables en el sentido de que una tierra que está en un meridiano no puede pasar al otro meridiano, el Este nunca se convertirá en Oeste y el Norte nunca en Sur, etc.

En el evangelio de hoy, hay una especie de línea que Jesús marca y que separa a los afortunados de los desafortunados, a los bienaventurados de los malditos. A diferencia del meridiano geográfico, la línea que pone Jesús es móvil y cambiante. Es posible pasar de un lado a otro. Esta línea define el Reino de Dios del Reino del mundo.

En otras palabras, hay dos formas de entender la vida: o para el reino de Dios o para el consuelo de uno, porque la vida se puede vivir exclusivamente para esta vida terrena, o para la vida eterna. Aunque el reino de Dios y el reino del mundo a menudo se oponen entre sí, es posible que alguien a través de la conversión del corazón pase al reino de los cielos.

Los criterios que pone el mundo para ser afortunado son contrarios a los del Reino de Dios. Por ejemplo, Jesús dice: "Dichosos los pobres...; dichosos los que tienen hambre...; dichosos los que lloran...; dichosos los que son odiados.... La pobreza, el hambre, el duelo o el odio, no son cosas que consideremos que hacen a alguien feliz. Y sin embargo, Jesús dice que los que los tienen son dichosos, ¿por qué?

Estas personas son benditas porque han encontrado el secreto de la felicidad verdadera, que es Dios. Los pobres, los hambrientos, los que lloran, los odiados..., tienen en sus manos el anticipo del cielo mientras la vida de Dios habita en ellos. No viven según sus propios criterios y modos de vida, sino los de Jesús.

En este contexto, los discípulos son dichosos porque han comprendido que la felicidad verdadera no depende necesariamente de la posesión material, ni de tener abundancia ni de

estar sin problemas. Son dichosos porque, a pesar de las situaciones evidentes de pobreza, hambre, sufrimiento, odio y rechazo, aún confían en Dios. Saben que nada en este mundo durará para siempre, pero Dios lo hará porque la vida eterna le pertenece. Si bien es cierto que la pobreza, el hambre, el llanto o el sufrimiento no son en sí mismos una situación ideal. Estas cosas son condiciones decrecientes que deben cambiarse.

Sin embargo, cuando vivimos estas condiciones con Dios, pueden allanar el camino hacia la felicidad verdadera. Dios siempre puede cambiar la pobreza en riqueza, el hambre en satisfacción, el llanto en risa y el sufrimiento en alegría. Además, cuando a pesar de nuestra pobreza, hambre, llanto y sufrimiento, no rechazamos a Dios, sino que lo involucramos en nuestros problemas, nos ponemos en el camino que conduce a su reino.

Las demás personas están malditas, porque no han descubierto el secreto de la verdadera felicidad, que es Dios. Lo que Dios quiere de ellos es que cambien la forma en que viven y creen en él. Viviendo el momento, piensan que su situación actual de fortuna, abundancia, risas y fama es todo lo que cuenta para hacerlos felices.

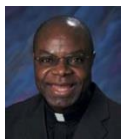
Y sin embargo, lo que más cuenta es Dios y su reino. Mientras no hayan encontrado a Dios, nunca serán felices, sea que sea su fortuna o su fama. Su fingida felicidad será siempre frágil, porque está construida sobre terreno inestable.

Sin embargo, Jesús no canoniza simplemente a todos los pobres, a los hambrientos, a los que lloran ya los perseguidos, como tampoco demoniza a todos los ricos, a los saciados, a los que ríen y son alabados. El problema es saber en qué ponemos nuestra confianza, sobre qué tipo de fundamento estamos construyendo la casa de nuestra vida, si es sobre lo que pasará, o sobre lo que no pasará.

Por eso el Evangelio de hoy nos interpela y al mismo tiempo nos invita a un examen de conciencia sobre dónde nos encontramos en nuestra búsqueda de la felicidad. También apela a nuestra humanidad para que cambiemos la situación de pobreza, hambre y sufrimiento en el mundo, como anticipación del reino de Dios en la tierra.

En verdad, cuando nos enfrentamos a nuestra propia situación de pobreza, sufrimiento, rechazo e insulto, tenemos que estar convencidos de que estamos en el lado bueno de la historia. Jesús no nos dejará solos ni sin recompensa. Oramos para que el Señor venga a nuestro rescate para que en nuestra búsqueda de la felicidad, no nos olvidemos de su Padre que es la fuente de la felicidad verdadera y eterna. ¡Que Dios nos ayude a usar nuestra situación actual en el mundo como preparación para nuestra vida eterna! ¡Que Dios los bendiga a todos!

Jeremías 17: 5-8; 1 Corintos 15: 12. 16-20; Lucas 6: 17. 20-26



Fecha de la Homilía: el 13 de Febrero, 2022
© 2022 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org
El nombre de Documento: 20220213homilia